

15º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 13,1-23.

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló mucho rato en parábolas:

-Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron.

Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.

Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron.

El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta.

El que tenga oídos que oiga.

UN CORAZÓN SIN PIEDRAS NI ESPINAS

Jesús, cuando hablaba, usaba un lenguaje simple y usaba también imágenes, que eran ejemplos tomados de la vida cotidiana, para poder ser comprendidos fácilmente por todos. Por esto le escuchaban encantados y apreciaban su mensaje que les **«llegaba directo al corazón»**

Y con este lenguaje Jesús hacía entender **«el misterio del Reino de Dios»**. Era una teología sencilla, nada complicada. Un ejemplo es el Evangelio de hoy, **«la parábola del sembrador»**. **«El sembrador es Jesús»**.

Vemos en esta imagen que Jesús se presenta como alguien **«que no se impone, sino que se propone»**. No nos atrae conquistándonos, sino donándose. Jesús solo echa la semilla. **«Jesús esparce con paciencia y generosidad su Palabra»**, la Palabra de Dios, una semilla para dar fruto. ¿Y cómo puede dar fruto? **«Solo si nosotros la acogemos»**.

La Palabra de Dios, representada por las semillas, no es una Palabra abstracta, es **«Cristo mismo»**, que se ha encarnado en el vientre de María. Por tanto, acoger la Palabra de Dios significa **«acoger a la persona de Cristo»**.

Por ello la parábola se refiere sobre todo **«a nosotros»**. Habla por tanto del terreno más que del sembrador. Jesús hace, por así decirlo, una **«radiografía espiritual de nuestro corazón»**, que es el terreno sobre el cual cae la semilla de su Palabra.

«Nuestro corazón es como un terreno». Puede ser bueno y entonces la Palabra da fruto, y además mucho, pero puede ser también duro e impermeable y no dar fruto. Esto último ocurre cuando oímos la Palabra, pero nos es indiferente, nuestro corazón es como una calle, como el asfalto, y la semilla no crece. Entre el terreno bueno y la calle hay dos **«terrenos intermedios»** que, en distinta medida, podemos ser nosotros.

El primero, dice Jesús, es el **«terreno pedregoso»**. Un terreno pedregoso es un terreno **«donde no hay mucha tierra»**, por lo que la semilla germina, pero no consigue echar raíces profundas. Así es el corazón superficial, que acoge al Señor, **«quiere rezar, amar y dar testimonio»**, pero **«no persevera, se cansa y no despega nunca»**. Es un corazón sin profundidad, donde las piedras de **«la pereza»** prevalecen sobre la tierra buena, cuando **«el amor es inconstante y pasajero»**. Ante la primera dificultad, un sufrimiento, una turbación de la vida, **«esa fe todavía débil se disuelve»**, como se seca la semilla que cae en medio de las piedras.

Está también **«el terreno espinoso»**, el que está lleno de zarzas que asfixian a las plantas buenas. Estas zarzas representan **«el engaño de la riqueza, del éxito, de las preocupaciones mundanas...»**. Las zarzas son los vicios que luchan contra Dios, que asfixian su presencia. Sobre todo los ídolos de la riqueza mundana, el vivir ávidamente, para sí mismos, por el tener y por el poder. Si cultivamos estas zarzas, **«asfixiamos el crecimiento de Dios en nosotros»**. Cada uno podemos **«reconocer»** nuestras pequeñas o grandes zarzas, los vicios que habitan en nuestro corazón, los arbustos más o menos arraigados que no gustan a Dios, que impiden tener el corazón limpio. **«¡Hay que arrancarlos!»** o la Palabra no dará fruto, la semilla no crecerá.

Finalmente está **«el terreno bueno»**. Aquí, y solamente aquí, la semilla arraiga y da fruto. La semilla que cae en este terreno fértil representa a **«aquellos que escuchan la Palabra, la acogen, la guardan en el corazón y la ponen en práctica en la vida de cada día»**.

Jesús nos invita hoy a mirarnos por dentro, a **«dar gracias»** por nuestro terreno bueno y a **«seguir trabajando»** sobre los terrenos que todavía no son buenos.



Estaría bien que nos preguntáramos **«si nuestro corazón está abierto»** a acoger con fe la semilla de la Palabra de Dios, si nuestras piedras de la pereza son todavía numerosas y grandes.

Estaría bien también que **«identificáramos las zarzas de los vicios»** y que **«encontráramos el valor»** de hacer una buena recuperación de ese terreno nuestro, una bonita recuperación de nuestro corazón, llevando al Señor nuestras piedras y nuestras zarzas **«en la Confesión y en la Oración»**.

Si así lo hacemos, Jesús, buen sembrador, purificará nuestro corazón, quitando las piedras y espinas que asfixian la Palabra. Muchas veces el Papa Francisco repite este consejo: **«llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio»**, una edición de bolsillo del Evangelio, en el bolsillo, en el bolso... Y así, **«leed cada día un fragmento»**, para que estéis acostumbrados a leer la Palabra de Dios y entender bien cuál es la semilla que Dios te ofrece y pensar con qué tierra la recibes. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
16 de julio de 2023